# LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VI — BARCELONA 31 DE OCTUBRE DE 1887 — NUM. 305

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

UN ANTICIPO Á BUENA CUENTA, cuadro de G. Pieri Nerli

MINISTERIO DE EDUCACION
INSTITUTO DE ARTE
DIEGO VELAZQUEZ

## SUMARIO

TEXTO. – *Nuestros grabados.* — *Cuento de noviembre*, por César Borgia. — *Pepe y Manolo*, por don A. Sánchez Pérez. — *Regalo de la boda*, por don José de Siles. — *Noticias varias* — *Recreaciones científicas.*

GRABADOS. — *Un anticipo á buena cuenta*, cuadro de G. Pieri Nerli. — *¡Dichosa edad!...* dibujo de A. Casanova — *La Virgen y el niño Jesús*, cuadro de Nicolás Barabino. — *Contraste*, cuadro de Duorak. — *El taller abandonado*, cuadro de L. Bechis. – *Los últimos momentos de Fernando el Santo*, cuadro de Matossi. — *Inauguración de las obras del primer ferrocarril de Filipinas.* — *Recreaciones científicas.* — *Suplemento artístico: Golondrinas romanas*, dibujo de A. Fabrés.

## NUESTROS GRABADOS

### UN ANTICIPO Á BUENA CUENTA
cuadro de G. Pieri Nerli

La ocasión hace el ladrón, y hay ocasiones que ni de encargo. Figurémonos, como se ha figurado el autor de este cuadro, dos jóvenes prometidos, ó simplemente enamorados uno de otro, distinción más sutil que importante en semejantes ocasiones. Figurémonos, en seguida, una extensión de terreno y que hasta donde alcanza la vista no se distingue alma viviente... Nótese bien que decimos *alma* y que, por consecuencia, los pavos que completan la escena no son tomados en cuenta ni para imponer ni para destruir la ocasión. Figurémonos, de igual modo, que el sol de julio cae perpendicularmente sobre la doncella, amenazándola con un tabardillo, y que la ocasión ¡la ocasión siempre! depara un tosco sombrero de paja bastante capaz para guarecer bajo sus alas dos rostros distintos, siempre que estos dos rostros estén pegados... Consecuencia, el cuadro de Nerli.

Pero ¡qué cuadro, carísimos lectores!... Esos muchachos hacen camino ¡y tanto como lo hacen!... A pesar de lo cual ¡con cuánta delicadeza está tratado este resbaladizo asunto! El único ser que, por lo visto, se escandaliza, es el pavo. Suponemos que el artista no ha querido simbolizar en tan feo animalucho á la moral ofendida; suponemos más, suponemos que no hay intención de tal ofensa, sino una simple *transgresión*, como Nerli titula á su cuadro, y que á nosotros nos parece un simple anticipo á buena cuenta matrimonial.

### ¡DICHOSA EDAD!.. dibujo de A. Casanova

El juego del peón es, sin disputa, uno de los más dignos de ser estudiados como fenómeno físico. Nada menos pretenden los señores de la profesión sino que sus varios movimientos ó rotaciones explican gráficamente las rotaciones del planeta Tierra. De suerte que cada vez que se presenta á nuestros ojos un peón bailando, tenemos delante nada menos que un mundo en el ejercicio de sus funciones.

¿Si se habrá enterado de esto el niño tan diestramente trazado por Casanova? Se nos figura que sería mucho pedir, no al artista, sino al niño. No nos metamos en semejantes honduras; demos de bueno que ese muchacho ve solamente en el peón un entretenimiento que le seduce, y felicitemos al pintor que con tan sencillos medios ha trazado una verdadera figura de estudio.

### LA VIRGEN Y EL NIÑO JESÚS,
cuadro de Nicolás Barabino

En la última Exposición veneciana de Bellas Artes deteníase el público ante un cuadro representativo de la Virgen, envuelta la figura casi por completo en blanco manto, que contrastaba, ó mejor realzaba el moreno rostro de María. En él se reflejaba, merced á la habilidosa ejecución del artista y separándose por completo de los varios tipos hasta ahora admitidos, el afecto de la madre y la ingenuidad de la mujer sin mancilla. Por la abertura de aquel manto asomaba un tierno y encantador infante, amorosamente retenido por las manos de su madre. Su autor había resuelto una vez más el problema de la forma que no perjudica al espíritu; su Madre de Dios no pertenece ni á la escuela, sobradamente humana de Morelli, ni á la convencional que hace de la Virgen un ser imposible. La Madonna de Barabino es una mujer que infunde respeto, es una figura á la cual involuntariamente se dirige una plegaria.

El arte moderno no considera á los seres religiosos bajo el punto de vista exageradamente ascético que prevaleció en la edad media, en que el misticismo formaba parte integrante del genio. Nada, empero, ha perdido la idea que el hombre se forma de las personas divinas aproximándolas más á la verdad; antes bien la belleza comprensible, siempre que refleje un sentimiento, un poder, un afecto superior á las condiciones puramente humanas, ayuda no poco á concebir la perfección inseparable, aunque no siempre comprensible, de nuestras primeras figuras religiosas. Ciertamente que Barabino no ha poetizado como Murillo; pero no puede negarse que su cuadro de la Virgen se halla ajustado á la comparación bíblica que le sirve de tema: *Quasi oliva speciosa in campis.*

### CONTRASTE, cuadro de Duorak

En nuestras estamperías se han expuesto repetidas veces unas litografías iluminadas, ni muy buenas ni muy malas, que representan, la una el busto de cierta negra sobre el fondo de un gato blanco, y la otra la blanqueada cara de un *pierrot* sobre el fondo de un gato negro. La intención del autor en ambos casos es sacar partido del contraste; lo cual consigue por medios, si se quiere ingeniosos, pero sobradamente vulgares y al alcance de cualquiera medianía. Duorak, que no es medianía ni cosa que lo parezca, ha buscado el contraste por medio de una ejecución magistral. Las dos cabezas de su cuadro no difieren por su color, ni por sus líneas, ni apuradamente por su edad. El contraste resulta de la distinta expresión de su fisonomía: en la madre, ó tal vez hermana mayor, todo es alegría y confianza; en la tierna criatura, por el contrario, resalta poderosamente la nota del miedo: su actitud es naturalísima y obedece de la manera más infantil al instinto de la propia conservación. El todo resulta de una impresión agradabilísima por su frescura, por su candor y por el perfecto estudio del contraste de sentimientos.

### EL TALLER ABANDONADO, cuadro de L. Bechis

Los pequeños modelos del taller aprovechan la ausencia del artista para hacerse dueños del campo. Regresa aquél cuando menos le esperan, sorpréndeles en actitud graciosa, y castiga su falta generosamente, trasladándoles al lienzo.

### Los últimos momentos de Fernando el Santo,
cuadro de Matossi

La composición de este lienzo demuestra que su autor no se amilana por la importancia de un asunto; antes bien saca de él buen partido para causar el debido efecto dramático, al que ha pagado, tal vez, exagerado tributo. No son menos manifiestos los estudios que ha hecho el artista del lugar, tipos, trajes y demás accesorios de una escena histórica tan interesante como la muerte de Fernando III, el bravo conquistador de Sevilla, el poderoso monarca que, juntamente con Jaime I de Aragón, llenó de asombro á Europa en la primera mitad del siglo XIII.

Este cuadro fué con justicia premiado en la última Exposición madrileña; pero, á nuestra manera de ver, empeñado el artista en producir efecto que nos permitiremos llamar teatral, ha descuidado algo la verdad histórica, de la cual no es dable prescindir cuando se tratan asuntos tan salientes y fáciles de comprobar. La escena, según el cuadro de Matossi, nos parece tiene lugar en el interior de una iglesia; y si en esto nos equivocamos, la culpa no es nuestra, sino del autor. Cualquiera incurriría en el mismo yerro. Ahora bien, Fernando III *el santo* recibió el Viático en la alcoba de su residencia real, y á la vista del Santísimo Cuerpo, que le traía el obispo de Segovia, se echó *de la cama*, se ató una cuerda al cuello y pronunció aquellas admirables palabras: «Desnudo salí del vientre de mi madre y desnudo vuelvo á ella.» Todo esto debió tener lugar en más reducido espacio y en presencia de mucha menos gente. Y si se nos dice que alguna libertad debe concederse al artista á fin de producir el debido efecto, recordaremos el admirable cuadro de Rosales, *Testamento de D.ª Isabel la Católica*, tratado con sobriedad exquisita, sin que por ello pierda el asunto lo más mínimo de su natural grandeza.

### Inauguración de las obras del primer ferrocarril de Filipinas

*(Dibujo remitido por don Manuel Arias y Rodríguez)*

En todo país es un verdadero acontecimiento la inauguración de las obras de un ferrocarril. Las ventajas de la facilidad de comunicaciones son tan notorias, que al iniciarse la idea de una línea nueva, no hay ejemplo que se haya levantado una voz discordante en el entusiasta coro de aclamaciones con que la acoge el país beneficiado. ¿Cuál no ha debido ser, por lo tanto, la alegría de nuestros hermanos de Filipinas al inaugurarse las obras del primer ferrocarril en construcción de aquella tierra, tan bendita por el Señor y tan descuidada por los hombres?

Los periódicos de Manila dan cuenta de las fiestas celebradas con tal motivo, fiestas de carácter oficial y de carácter popular, porque todos los elementos indígenas y peninsulares contribuyeron á solemnizar y alegrar el acontecimiento. El dibujo que publicamos representa el sitio donde ha de emplazarse la estación central de la línea de Manila á Dagupán y da buena idea del espectáculo, en el cual se confunden todas las razas y todas las clases. ¡Permita Dios que ese nuevo elemento de cultura y de riqueza contribuya, dentro de poco tiempo, á la mayor dicha de un país, al cual debe unirnos el doble vínculo del interés y del afecto!

## SUPLEMENTO ARTÍSTICO

### GOLONDRINAS ROMANAS, dibujo de A. Fabrés

Las aves, aconsejadas por su admirable instinto, abandonan el país cuyos rigores atmosféricos no les son propicios y encuentran en remota playa, tras penoso viaje, el descanso y la hospitalidad que les niega su patria. También la humanidad tiene sus golondrinas emigrantes, que abandonan su tierra, no por el consejo del instinto, sino por la ley de la miseria.

En este hecho, todos los días repetido, se ha inspirado Fabrés para dibujar un asunto sentido y á la perfección ejecutado. La golondrina cae jadeante encima la arena de la playa; mas, al fin y al cabo, su viaje ha terminado y la naturaleza próvida la compensará su sacrificio. La familia del emigrante es más infeliz que la golondrina: cae muchas veces durante su camino, y cuando llega al término de él, si es que llega, no encuentra, como el pájaro, á su disposición el hogar y el banquete de la naturaleza.

## CUENTO DE NOVIEMBRE

### I

Por la ley de los contrastes, las tardes del mes de los muertos, del melancólico y nebuloso noviembre, son en Sevilla más tristes y desagradables que en parte alguna. Allí, donde todo es luz, armonía, colores, exuberancia de vegetación y lujo de savia y matices, el Otoño tiene mayores diferencias con la Primavera que en otras latitudes; hay aves y flores que sólo sirven para hacer notar la falta de las demás; la campanilla azul parece que llora por la ausencia de las rosas.

Los sevillanos tienen sitios favoritos para pasar esas tardes pesadas y melancólicas; después del camino del Cementerio, donde se halla el hospital de San Lázaro con sus leyendas temerosas y sus restos mudéjares, puede considerarse como el punto de meditación más apropiado, el hospital de la Santa Caridad, donde es fama que murió en opinión de santo un émulo del legendario y popular don Juan Tenorio.

Este edificio, situado extramuros de la capital, cerca del Guadalquivir y dando frente á la celebrada Torre del Oro, fundada sobre el antiguo emplazamiento de una capilla dedicada á San Jorge, es hoy un precioso templo que encierra riquísimas joyas artísticas entre las cuales se cuentan en primer término los grandes lienzos de Murillo *La multiplicación de panes y peces* y el llamado *Las aguas.*

Cerca del atrio del templo y ante la puerta de ingreso del Hospital, hay una pequeña explanada plantada de árboles y rodeada de modestos bancos de ladrillo sin adorno ni respaldo; allí solían departir sobre cuestiones de arte Murillo y Valdés Leal acompañados del venerable hermano Mañara, que peinando canas y retirado por completo de las solicitaciones del mundo y de la carne, se deleitaba en estrechar la mano del pobre que se espulgaba al sol ó que daba al aire las úlceras de sus piernas.

Algunas tardes engrosaban el círculo los peregrinos que solían venir de lejanas tierras y los caballeros que compartían con el venerable don Miguel las asiduas tareas de la Hermandad. Estas sesiones no siempre vespertinas, eran más animadas en los meses calurosos ó en las mañanas de Invierno; sobre todo los días festivos después de la misa, veíanse en el corro, trusas y capotillos de terciopelo, sombreros y gorras con joyeles, nobles empaques y rostros que delataban á caballeros principales. La capa humilde del elegido de la Caridad, destacábase siempre como el centro de todas aquellas riquezas, y mientras éstas perdían su valor al más pequeño roce, aumentábase considerablemente el de los andrajos de los pobres, que entraban con aquella balanza cristiana con gran contentamiento de todos.

Imitando á Platón que solía sentarse rodeado de sus discípulos y admiradores en los jardines de la Academia, don Miguel de Mañara acomodábase en uno de aquellos bancos bañados por el sol que hacía brillar la monterilla de la Torre del Oro, y departiendo amigablemente extendía las máximas del Evangelio entre ricos y menesterosos. No eran aquellas, sesiones graves y didácticas en las que se exigiese á los concurrentes silencio y compostura, eran más bien conversaciones familiares en las que salían de sus dudas, con una interrupción cualquiera, lo mismo el pequeñuelo que el adulto, tanto el siervo como los señores. Allí se iniciaron acaso la mayor parte de las oraciones del *Discurso de la Verdad*, cuyas familiaridades y llanezas se ven en estas líneas:

«Quien ve al poderoso le llama rico y es mentira, porque falta á su codicia todos los bienes ajenos; le dicen qua es señor, y no lo es, porque no tiene los bienes, antes los bienes lo tienen á él; y así no se ha de decir: Pedro tiene cien mil ducados, sino los cien mil ducados tienen á Pedro. Al fuerte y temeroso le llaman valiente, y es todos los días vencido de sus pasiones. Llaman belleza á la compuesta de carne podrida, que mañana será gusanos; al virtuoso llaman hipócrita y al hipócrita hombre ajustado; al liberal pródigo y al pródigo hombre bizarro; al verdadero, buen hombre (que ya el serlo es oprobio) y al embustero cortesano; al bufón hombre ligero, y al que es modesto pesado. Este es el vocabulario de la casa de locos y del palacio del humo, donde reina Babilonia, y adonde habitan las bienaventuranzas temporales que hoy son y mañana no parecen.»

Cuando desaparecía el concurso y quedaban solos Valdés Leal, Mañara y Murillo, las conversaciones se hacían más íntimas y solían tocarse puntos más graves y dificultosos; el pasado, sobre el cual tendió siempre el velo de su prudencia nuestro don Miguel, rasgóse alguna vez para sus íntimos amigos y dejó ver pequeños resquicios, de cuyas extrañas claridades brotaron tal vez los fondos de algunos cuadros del Pintor del Cielo y los detalles de otros del autor de *Las alegorías de las glorias humanas.*

Cierta mañana de invierno, en la que los tres amigos departían solos en uno de aquellos bancos próximos al atrio, y se quejaban del viento frío que hacía inútiles los esplendentes rayos del sol, los cuales caían sobre los santos San Jorge y Santiago, lanzando relámpagos irisados al deslizarse por los azulejos, don Miguel de Mañara se quejó del estado de sus macetas de rosales, que como siempre, cuidaba con sus propias manos y que habían sufrido mucho con la crudeza del tiempo.

—Esos rosales, amigos míos, tienen para mí un simbolismo inapreciable y el día en que dejaran de florecer creería que Dios me dejaba de su mano,—dijo el venerable varón á Valdés Leal y á Bartolomé Esteban; – si fuera posible yo regeneraría su savia con mi sangre...!

Y haciéndoles señas para que entrasen con él hasta los patios interiores del Hospital, los llevó ante los ocho tiestos sembrados de hermosas plantas, que son las mismas que se conservan en la actualidad en la Santa Casa, avaloradas por la siguiente leyenda:

*Ocho Plantas de Rosal con sus macetas traídas*
*á esta santa casa por su ilustre fundador*
*el venerable siervo de Dios* DON MIGUEL DE MAÑARA
VICENTELLO DE LECA, *caballero del orden*
*de Calatrava en* 1674, *conservadas*
*en todo su vigor y dando fruto todos*
*los años en su propia fuerza, como resulta*
*del reconocimiento judicial que en* 1749
*hicieron de ellas los jueces del proceso informativo*
*folio* 1091 *á* 1097, *y permanentes*
*hasta el día en el mismo estado, se han colocado*
*en este lugar, año de* 1802.

Los amigos de Mañara contemplaron aquellas plantas que en realidad no tenían ninguna particularidad que las avalorase, á no ser los cuidados que les prodigaba aquel á quien tanto querían y respetaban, y después de convencerle de que la savia circulaba por las yemas y de que los vástagos no ofrecían el menor peligro de muerte, volvieron todos al banco de la explanada con deseos de sorprender el secreto encerrado en aquellas macetas de humilde barro, consideradas ya por ellos como riquísimas ánforas romanas.

El atrio estaba casi desierto. Sólo algunos pilluelos, vivos retratos de los que sirvieron al gran pintor para colocarlos en lienzos tales como *Santa Isabel* y *San Félix*, diableaban acá y acullá presentando de vez en cuando perfiles y escorzos que hacían sonreir de orgullo á Bartolomé Esteban; por último, uno de esos ancianos pobres y desarrapados que también pintó más de una vez el creador de las Concepciones, dormía con el brazo sobre el palo y la cabeza sobre el brazo, en el banco próximo, turbando de vez en cuando la tranquilidad del lugar con sus importunos ronquidos.

El arrepentido Tenorio,—según cuenta la tradición oral que no está confirmada aún por ningún dato escrito,—comenzó su relato en voz baja y acentuando cada cual de sus partes de modo conmovedor, como si hubiera de

GOLONDRINAS ROMANAS. DIBUJO DE A. FABRÉS, GRABADO POR BREND'AMOUR

servirle de espontánea confesión y descargo de culpas pasadas.

Esta relación, que oyó el anciano durmiente ó que creyó oir entre las torpezas de su sueño, es la que voy á referir más ó menos modificada por las versiones que de ella se hicieron y confesando paladinamente que no la he visto consignada en impresos ni en manuscritos.

II

Cierta noche don Miguel de Mañara, conocido en Sevilla por sus escándalos, por sus derroches y por sus amoríos, cenaba con siete jóvenes nobles y ricos como él, en una magnífica cuadra de su casa solariega, adornada como el triclinio de Lúculo.

Las apetitosas viandas se sucedían sin interrupción y los vinos generosos relucían á la luz de los candelabros en brillantes copas de cristal de Bohemia. Celebraban una fecha lúgubre: el 2 de noviembre.

—Señores,—decía Mañara con la copa en alto,—nuestro banquete anual no corresponde á la fama de que gozamos. Si es cierto que somos galanes, pendencieros y emprendedores, no basta romper con la tradición festejando en alegre cena el día de Difuntos; pido que juremos sobre la empuñadura de nuestras espadas, que el primer día del mes de las flores se repetirá esta fiesta acompañándonos á la mesa ocho damas hermosas que robaremos á sus hogares ó que conquistaremos el mismo día.

—¡Bien...!

—¡Bravo...!

—¡Soberbio...!

—¡Magnífico...!

—¡Oportuno...!

—Alto ahí,—exclamó uno de los comensales;—para el año que viene es posible que alguno de nosotros haya dejado de existir y en ese caso el festín quedaría en proyecto.

—Tiene razón el Conde,—repitió otro; – una sangría ó una estocada podría privar á los demás de tan famoso entretenimiento.

—Con los muertos no se cuenta, —replicó Mañara desenfadadamente; – juremos, y á preparar ocho hermosas de las mas nobles y garridas para el banquete primaveral.

—Se me ocurre una idea que ha de pareceros de perlas, – dijo uno de aquellos locos cuyos puños de encaje y fina ropilla de Utrecht delataban á un soñador galante y apasionado, – pido que el banquete se celebre en el gran cenador del jardín de Mañara y que cada cual de nosotros una vez realizada su conquista, plante un rosal por su propia mano para señalar la efeméride dignamente.

—¡Admirable! – contestó otro de los convidados; – pido además que en la referida noche reverdezcan las plantas y las arboledas como cuando se dice misa en San Luis del Monte...!

—¡Veremos quién es el primero que planta el rosal!

—¡Mérida!

—¡Tenorio!

—¡Mañara!

—¡Villamediana!

Otros muchos nombres volaron sobre los manteles mientras se consumía el resto del vino que contenían las botellas; después salieron á luz las espadas y haciendo sobre sus empuñaduras la señal de la cruz, juraron llevar á cabo, con todo el desenfreno de su escuela cortesana, la orgía del equinoccio.

—¡El 21 de marzo en el cenador grande de mi quinta á orillas del río!

—¡Vivos ó muertos!... – contestaron todos estrechando la mano de don Miguel de Mañara.

A contar desde aquella noche las más hermosas damas de la nobleza sevillana se vieron asediadas con peticiones, billetes y presentes y perseguidas continuamente por una colección de dueñas busconas.

La noble doña María de Fuenmayor, célebre entre sus enemigas por la blancura de su epidermis y sus menudas orejas color de rosa; la altiva Condesita del Guadiar, cuyas manos eran tan pequeñas y tan preciosas como los idolillos de marfil que traían de la India nuestros galeones; la encantadora Inés Coello, cuyos ojos grandes y rasgados eran conocidos en Sevilla por los dos soles de Triana; Ana de Herrera, la vírgen trigueña, como era llamada por sus admiradores; las tres perlas de Casa Miranda, Fe, Esperanza y Caridad, que por ser hermanas y bellas eran llamadas las tres virtudes; todas aquellas damas, en fin, que por sus encantos y por sus prendas eran dignas de solicitar la atención de los galanes y de despertar los apetitos, sufrian la persecución de los amigos de Mañara.

¡DICHOSA EDAD! .. dibujo de A. Casanova

Cuando el más favorecido de ellos mandó el primer rosal, en cuyo lujoso búcaro de Sevres se leía en letras de oro el nombre de *Aurora*, ya en las hornacinas del cenador se hallaba colocada otra maceta; era la de don Miguel de Mañara, que se había anticipado á todos sus amigos al hacer su amorosa conquista. Aquel rosal plantado en precioso vaso de porcelana tenía el siguiente letrero: *Inés*.

Para la época fijada todas las hornacinas del cenador ostentaban su correspondiente búcaro adornado de áureas letras. El día antes se reunieron los jóvenes juramentados en la sala de armas de don Miguel de Mañara, y se convino en reunirse á la media noche en los jardines de la quinta próxima al Guadalquivir, llevando á sus respectivas amadas, que ocuparían otros ocho lugares en la mesa.

¿Cómo habían de conducirlas allí? Esta era la única dificultad.

Sin embargo, el más feliz éxito había coronado las gestiones de aquellos calaveras que iban á profanar en un punto mismo la honra y el nombre de las que habían tenido la debilidad de creerlos rendidos amantes. A juzgar por las razones que se cruzaron la víspera, Mañara podía con toda tranquilidad avisar á sus criados que arreglasen el cenador grande, supuesto que no faltaría ninguno de los comensales.

Así lo hizo, preparando por sí mismo los ramos y las coronas. El banquete iba á tener todos los caracteres de una orgía asiática, y el gran cenador ó pabellón destinado al efecto, cubierto de estatuas y flores, ocupado por larga y espléndida mesa, parecía convidar á aquellos goces del triclinio que tanto deleitaron á Heliogábalo y que fueron en las cortes de Enrique VIII y de Luis XIV las delicias del libertinaje.

Don Miguel, que no faltaba nunca á sus promesas, debía de llevar á cabo aquella noche el robo de su amada. Se trataba de una de las bellezas más celebradas de Sevilla, de la hija del Comendador Ulloa, noble anciano cuyas dolencias le tenían postrado en cama, siendo aquella niña para él su única dicha, su ángel tutelar, la que velaba junto á su lecho y le despertaba al venir el día.

Todas estas consideraciones no importaron un ardite al despiadado caballero. Ganados los servidores del Comendador y contando con la ayuda de una dueña falsa y pérfida como todas, poco tardó en conseguir su objeto, y doña Inés de Ulloa fué arrebatada de su mansión y llevada á la quinta próxima al Guadalquivir ni más ni menos que como se refiere en la leyenda de don Juan Tenorio.

Antes de dar la primera campanada de las doce don Miguel de Mañara se hallaba sentado en la larga mesa del banquete. Cerca de él, la hermosa Inés que vestía aún la sencilla vesta con que fué arrebatada de su hogar, parecía sonriente y dichosa; fenómeno extraño y nota desacordada que no dejó de advertir Mañara, acostumbrado á gustar los primeros favores de sus conquistas entre espasmos y lágrimas.

El cenador estaba magnífico. En el centro de la mesa habían sido colocados los ocho búcaros de porcelana que contenían los rosales y que ostentaban los nombres de las *víctimas*. Ardían antorchas aromáticas entre las enredaderas y globos venecianos brillaban á lo lejos como estrellas de colores suspendidas de las acacias. Ocho candelabros de plata con guardabrisas de cristal dejaban caer sobre aquellos diez y seis lujosos servicios sus luces oscilantes; los asientos rústicos con almohadones de plumas daban á aquel nido de delicias el contraste propio del arte y de la naturaleza unidos en caprichoso consorcio.

Ingresábase en aquel triclinio al aire libre por un arco triunfal de enredaderas y lianas y las bóvedas de pámpanos y de hiedras debían dejar sobre las cabezas de los convidados un toldo movible, á través del cual brillaran alguna que otra vez las radiantes constelaciones.

– ¡Ah, de mis servidores! – dijo Mañara á la fila de lacayos que se escalonaba en la especie de atrio formado por maceteros y enverjados, – los convidados se tardan; ¡id y ved si se acercan los coches y guiad aquí á los que se extravíen por esas calles de árboles!

Los lacayos no se movieron. Parecían maniquíes vestidos de librea y colocados allí por genial artificio.

– ¡Pero no me oís! ¡voto á cien mil legiones de diablos! – gritó el audaz caballero, que se impacientaba al notar la calma y el silencio que reinaban en torno suyo.

Ni uno solo de aquellos hombres se movió de su sitio. En aquel momento sonaban lenta y reposadamente las doce de la noche.

Iba Mañara á levantarse de su asiento, sin duda para dar un merecido á aquellos desobedientes servidores, cuando aparecieron en el arco de ingreso siete extrañas parejas que fueron ocupando los asientos de la mesa poco á poco. Mañara al verlas palideció y abrió los ojos extremadamente creyéndose juguete de atroz pesadilla; sus convidados eran siete descarnados esqueletos que daban el brazo á siete hermosas cuyos encantos le eran por demás familiares.

—Soy Ana de Castro,—dijo la primera,—¿me conoces?

—Soy la judía Rebeca, ¿me recuerdas?—dijo la segunda.

—Soy María de Medinas, – dijo la tercera, – ¿es verdad que aun me adoras?

Las cuatro restantes saludaron también al anfitrión y tomaron asiento delante de los búcaros en que se leían sus nombres: eran la bella Esperanza de Ártal, la noble Aldonza Conteras, la encantadora Noemí y la apasionada Adelaida de Orqueida.

—Pero y vosotros ¿quiénes sois? – dijo Mañara á los esqueletos cuyas rótulas crujían horriblemente al acomodarse en los almohadones.

—¡Somos tus pecados! – dijeron á coro los esqueletos, moviendo sus dientes sin labios y haciendo castañetear las secas mandíbulas como si fueran movidas por el mismo resorte.

Mañara sintió deslizarse por sus venas el frío de la muerte y palideció tanto, que su rostro tomó el color de la cera. Quiso moverse y no pudo, intentó sacar un pistolete que llevaba en el cinto y sus dedos no pudieron reunirse en haz, miró á su pareja y la vió trasformada con escapulario y tocas; las antorchas del festín desaparecieron como por encanto y sólo quedaron á un lado y otro de la mesa blandones y paños negros.

Los árboles se desprendieron en aquel punto de sus hojas, los fuegos fatuos empezaron á brillar entre la hiedra, y de las cuencas de los ojos de aquellos esqueletos

LA VIRGEN Y EL NIÑO JESÚS, cuadro de Nicolás Barabino (Exposición Nacional Venecia

CONTRASTE, cuadro de Duorak

partieron amarillos relámpagos que cayeron á intervalos sobre el mantel. Las flores rodaron deshechas, los frutos se pulverizaron y las botellas de cristal se llenaron de líquido fosfórico y parecieron contener como la redoma de Asmodeo ó de Homúnculus algún ser maléfico y genial. Por último las campanas del monasterio cercano doblaron acompasadamente.

Una claridad extraña hizo resaltar los encantos de aquellas mujeres al lado de aquellos esqueletos descarnados y Mañara recordó sin duda cuántos placeres había gozado en otro tiempo, ocupando el lugar de tan inmundos rivales. Tocados por dedos sin yemas, por bocas sin labios, veía talles y hombros que hubieran dado envidia al junco y á la azucena; cada mirada de aquellos ojos vacíos al clavarse en la retina de sus antiguas víctimas le quemaban y herían de rechazo.

—¡Idos, vive Dios...! - quería decir el calavera impenitente, sin que en realidad acertara á pronunciar una sola palabra; – ¡idos!... ¡dejadme! ¡sepultaos en vuestros antros, fantasmas vanas! – balbuceaba torpemente; pero aquellas pesadas imágenes continuaban ocupando tenazmente sus asientos.

Al cabo Mañara hizo un supremo esfuerzo y logró ponerse de pie apoyándose en el brazo de aquella Inés sorda y muda á sus halagos y á sus quejas; pero entonces las heterogéneas parejas se levantaron también y en ordenada fila se les pusieron delante formando una especie de extraño cortejo.

Mañara quiso entonces detenerse, mas le fué imposible; sus pies no se deslizaban ya por la alfombra de su jardín, sino por las resonantes losas de un claustro con altas bóvedas y arcos ojivales. Sus lacayos con crespones en las libreas y con cirios en las manos abrían la marcha y se internaban poco á poco en aquellas soledades.

De repente una puerta correspondiente á labrado cancel giró sobre sus goznes silenciosamente y se encontraron en la iglesia. Cantábase el oficio de difuntos y larga fila de frailes franciscanos rodeaban un féretro en el que se veía un cadáver vestido de rica ropilla y envuelto en blanco sudario.

—¿Quién es el muerto? – preguntó Mañara al monje que sostenía el aspersorio, con cierta timidez propia del estado excepcional en que se hallaba.

—¡Don Miguel de Mañara! – dijo el monje continuando en sus aspersiones y volviendo el rostro con marcada indiferencia.

Al oir esta frase terrible, Mañara se llevó la mano al corazón y sintió ocho punzadas terribles y dolorosas. En aquel mismo punto, Inés y sus siete compañeras se inclinaron sobre el féretro donde se hallaba el cadáver y clavaron simultáneamente en su pecho ocho alfileres de oro.

De aquellas ocho picaduras brotaron ocho gotas de sangre que al extenderse sobre el sudario se convirtieron en ocho rosas encarnadas.

III

La tradición, como ya hemos indicado, nada dice del origen de los ocho rosales que llevó Mañara á la Santa Casa, y este cuento de ánimas que oí una noche de noviembre, acusa su origen novísimo en muchos de sus detalles. No merece por tanto más fe que el de una de las muchas leyendas que se hicieron sobre reminiscencias ya conocidas de todos.

Es lo cierto, que los poéticos rosales que según el testimonio de los guardadores de la fe pública reverdecen todos los años, se prestan á que las imaginaciones meridionales fantaseen sobre ellos y creen, como mi amigo Cano y Cueto y como el inventor del dicho cuento de ánimas, historias fantásticas que pueden vulgarizarse. Yo mismo he querido encontrar entre estos rosales y otros cuantos, que ví cierto día en las siete ventanas del histórico convento de la *Madre de Dios* en Sevilla, analogías suficientes para tejer una historia dramática y sencilla. Pero ¡oh deficiencia de los elementos naturales para las invenciones fantásticas! faltaba una ventana ó sobraba un rosal y no pude localizar el hecho, abrir el hueco ni trasladar los rosales.

Estoy seguro de que no satisfará á mis lectores la leyenda que les traslado, porque para eso sería preciso que el inventor hubiera dejado á Zorrilla y Espronceda la leyenda del entierro que aquellos se apropiaron y el nombre de una de las protagonistas que no hablan, pero es el caso que si en ellos no fué pecado no hay porqué tachar al ingenio desconocido tal ligereza.

Acaso algún día revolviendo los viejos papelotes almacenados en la Colombina, se encuentre tal ó cual manuscrito que ponga en claro el origen de los maravillosos rosales y nos venga de Inglaterra ó de Alemania la nota auténtica, como nos vinieron de Francia otras muchas que no hemos osado poner en cuarentena.

Entonces no nos contentaremos con un incoherente cuento de ánimas.

CÉSAR BORGIA

## PEPE Y MANOLO

### Ó LA NOVIA Y EL DRAMA

No puedo recordar con exactitud cuántos años han transcurrido, pero sé que han transcurrido muchos, desde que me separé, para emprender largos viajes, de mis íntimos amigos Pepe y Manolo.

Manolo, Pepe y yo, éramos inseparables: ocupábamos tres dormitorios contiguos y disfrutábamos, en común, del usufructo de un gabinete en la casa de huéspedes de doña Juana no sé cuántos, ni lo supe nunca, pues solamente por doña Juana la conocíamos sus pupilos. Sus predilectos, en cuyo número no tuve la suerte de contarme, solían llamarla con cierta familiaridad, á la cual la interesada se mostraba sensible, *Juanita;* y los descontentadizos ó exigentes la nombraban, en son de censura, *doña Juana la Cuerda*, dando á entender que miraba con excesiva cordura por sus intereses; tampoco pertenecía yo á este grupo.

Partidario constante de los términos medios, ni me asocié nunca á los que procuraban intimar con la patrona, ni uní mi voz á las voces de los que la zaherían.

Y justamente sobre el tema de mi eclecticismo – así lo nombraban ellos—versaban casi siempre los altercados, que con gran animación por su parte, y con la mayor calma por la mía, sosteníamos diariamente Pepe, Manolo y yo.

Estos altercados terminaban invariablemente de igual manera: enojábanse Manolo y Pepe; yo me encogía de hombros; ellos se despedían furiosos, jurando y perjurando que conmigo no era posible alternar y que no volverían á dirigirme la palabra; yo me alejaba sonriendo y muy convencido de que cinco minutos después vendría Pepe á leerme una carta de su novia, y me daría Manolo noticias de su drama.

Porque, á fin de tener algo en qué pensar, Pepe *se había echado* una novia, que no era poco echarse en aquellos tiempos, y en todos; y Manolo había escrito un drama, que era mucho escribir entonces, como lo es ahora. Ni Pepe sabía hablar de algo que no fuese su novia, ni Manolo concebía asunto de conversación que no fuera su drama.

La novia era una muchacha *lindísima*, vecina de Pepe, – y vecina nuestra por de contado, – se llamaba Nieves, tenía una figura muy buena y usaba una ortografía muy mala: nunca supe de ella otra cosa, aunque algunas veces llegué á sospechar que era tonta de remate; en descargo de mi conciencia debo declarar, y declaro en efecto, que no llegué á verificar la exactitud de mi sospecha: cierto que tampoco me lo propuse, porque, al fin y á la postre, ¿qué me importaba á mí de eso?

Tampoco llegué á saber si el drama de Manolo era bueno ó malo; bien que más me incliné siempre á lo segundo que á lo primero: no por nada, sino porque los dramas buenos andan muy escasos. Malo ó bueno el drama de Manolo estaba en el teatro Español, ó al menos, el autor lo había dejado allí para que el empresario lo leyera; que, por lo demás, vaya V. á saber dónde el drama estaría y cómo.

Pues, señor, sucedió que un día estaba yo tomando el chocolate, ó lo que fuese, con que doña Juana solía desayunarnos y, contra la costumbre, no aparecieron á tomar su respectiva jícara mis amigos. No sé si he dicho á ustedes que el gabinete común servía, según los casos, para comedor, para despacho y para sala de visitas.

Tomé de prisa y corriendo la pócima, como solían llamar al chocolate de doña Juana los maldicientes, y penetré en la habitación de Pepe á quien hallé saltando como un loco y hasta dando zapatetas, que habria envidiado el mismísimo Don Quijote.

– *Papam habemus*, – dije así que miré el rostro de Pepe radiante de felicidad: – tenemos carta de Nieves.

– ¡Bah!—dijo él, procurando, aunque inútilmente, mostrarse enojado,—tú lo tomas todo á broma y el amor es serio, ¡ah! yo la adoro, chico, la adoro y ella, lo que es ella...—y sin aguardar más razones comenzó á recitar la rima de Bécquer:

Hoy la tierra y los cielos me sonríen,
Hoy llega al fondo de mi alma el sol,
Hoy la he visto, la he visto... ¡y me ha mirado!
Hoy creo en Dios.

Después de lo cual sacó, no sé de dónde, una carta que me dió á leer y que decía textualmente:

*Cerido pePee: oi bamos ha pas heo con mama.*
*Te ciere muco Tu*
*Nieves.*

De toda la carta lo que más había entusiasmado á mi amigo era el *Tú*.

Aquel *Tu Nieves*, era para *Pepee* el colmo de la felicidad: un manantial inagotable de dulcísimas esperanzas.

Dejé al enamorado que saborease la epístola amatoria y me dirigí á la habitación de Manolo al cual hallé sumergido en la más honda tristeza y en el abatimiento más profundo.

También él me recitó versos de Bécquer: no bien le hube preguntado lo que le sucedía, contestó:

Mi vida es un erial,
flor que toco se deshoja;
que, en mi existencia fatal,
alguien va sembrando el mal
para que yo lo recoja.

Averiguada la causa de aquella tristeza, resultó que el primer actor y director del teatro no había estado con Manolo, que lo visitó en su cuarto la noche anterior, todo lo expresivo que él acostumbraba. Lo cual era para Manolo señal indudable de que no pensaba hacer el drama.

Ni para las alegrías del uno, ni para las tristezas del otro, encontré motivo suficiente; pero me guardé muy bien de decirlo, porque habría caído sobre mí una lluvia de improperios.

Me despedí, pues, dejando muerto de tristeza á Manolo, loco de alegría á Pepe, y dos horas después volvía con el propósito de almorzar: propósito que realicé en efecto.

Aquella casa continuaba siendo simultáneamente morada del dolor acerbo y de la dulce alegría, sólo que, el dolor y la alegría, habían cambiado de habitación: á la hora del almuerzo era el triste Pepe, y Manolo el regocijado.

Manolo parecía dispuesto á recitar aquello de:

Hoy creo en Dios.

Pepe no hacía más que repetir:

Mi vida es un erial.

¿Qué había sucedido allí para tan repentino trueque? Pronto lo supe.

Manolo había recibido un recado del empresario, el cual le suplicaba que fuese á verlo á contaduría aquella misma tarde.

Pepe había recibido una carta de Nieves: carta que ví, como las veía todas, y que estaba concebida en estos términos:

*Lia no sai ymos,* *Te ciere*
*Nieves.*

Manolo daba por segura la representación de su drama y no cabía en sí de gozo.

Pepe se desesperaba al advertir que en esta segunda carta había desaparecido aquel *tú* dichoso, que, precediendo al nombre de su novia, tantas ilusiones le había hecho concebir.

No pude menos de reirme de Pepe y de Manolo al considerar lo fútil de las causas que habían determinado aquel cambio.

Un recado, que tal vez nada significaba y que, aun significando algo, era tan poco, había bastado para elevar á Manolo desde los abismos de la desesperación á las cimas de la felicidad: la omisión, acaso involuntaria, de dos letras en una carta, había sido suficiente para trocar en tristezas las alegrías de Pepe.

Aquel día no comí en casa de doña Juana; pero tengo por seguro que á la hora de la comida habrían vuelto á cambiarse los papeles, y que Manolo estaría triste de nuevo y Pepe nuevamente contento.

Así, en estas deliciosas alternativas, se pasaban la vida mis dos inseparables.

Y así, aunque parezca exagerada la afirmación, suelen pasársela la inmensa mayoría de los mortales.

Y luego se encolerizan porque hay quien no toma en serio estas cosas.

¡No faltaba más!

A. SÁNCHEZ PÉREZ

## REGALO DE LA BODA

I

Sir Roberto Montbarry, del condado de Norfolk, poseedor de innumerables castillos, de pintorescos montes, donde era un placer de dioses la caza, de afortunados barcos, que nunca efectuaron un viaje cortando las olas de todos los mares sin un producto fabuloso, nada tenía que pedir á la fortuna para que le diera la felicidad. Heredada parte de sus riquezas de sus padres, acrecentada la restante por el propio impulso del dinero ya creado, había pasado el noble inglés su juventud sin deseos no satisfechos, sin caprichos no conseguidos, sin tedios que no hubieran tenido por término el florecimiento de nuevas esperanzas.

Pudiera decirse que era el único compatriota de John Bull que no había conocido el *spleen*.

Era dueño de los caballos más airosos, de los perros más corredores, de las moradas más lujosas, y, hasta bajo cierto aspecto, más encantadoras. Porque Sir Roberto, si daba una mano á los jockey, daba la otra á los artistas. Sus habitaciones tenían mucho de museo. Estatuas y cuadros, ya debidos á ingenios contemporáneos, popularizados por la fama, ya obra de antiguos maestros, celebrados por la lengua de oro de la tradición gloriosa, llenaban paredes y decoraban rincones de sus bellos palacios.

Los que conocieron á Sir Roberto no podían figurárselo de otro modo que por una sonrisa, perennemente instalada en sus gruesos labios, de reluciente rubicundez, iluminando un rostro sano, redondo, limitado á derecha é izquierda por rizadas y abundantes patillas rubias.

Sus ojos, que eran de un clarísimo azul, tenían la trasparente inocencia de unas pupilas de niño.

Era soltero. Nadie podía jactarse de haberle visto requiriendo de amores á una mujer. ¿Carecía acaso de corazón? ¿Era incapaz de afectos, de ternuras, de emociones sentidas al rozar de las flechas de amor? Nada de eso. Sir Roberto era, por el contrario, extremadamente sensible; pero su timidez, quizás exagerada; la rígida etiqueta británica que mantiene siempre á respetable distancia de los



lores las impasibles ladies; y un carácter refractario toda doblez y engaño, habían hecho de él un solterón, que sin acusar en voz alta al matrimonio, defendía en secreto con su conducta al celibato.

Sir Roberto, pues, era susceptible de amar; pero quería, filosóficamente pensando, ser á su vez amado con lealtad, sin mezcla de ajenos intereses, sin que esas grandes cosas del mundo, que se llaman dinero, lujo, fortuna, posición social, renombre, intervinieran en las cosas de su alma.

No encontrando en su país la mujer soñada, viajó por Europa, hasta que se fijó, después de la lectura de un poema de Byron, en que se pinta á nuestras mujeres, en una de las más hermosas provincias de Andalucía.

– Si aquí está el Paraíso,—pensó Sir Roberto, – no faltará Eva.

II

Ana María Príncipe logró ser la perfecta realidad del ideal escrupulosísimo de Sir Roberto. Era una muchacha que no llegaba á los diez y siete años, pero en la que toda la floración de los hechizos femeninos se había desarrollado esplendorosamente.

Su hermosura magnífica, rodeada como de una aureola de gracia divina, habíala levantado un pedestal, ídolo de sin fin de adoradores.

Cuando la conoció Sir Roberto, la amó con locura. A la primera mirada, negra y brillante como la fulguración de un abismo encendido, de la bella andaluza, dió al traste con sus planes y reglas de proceder el imperturbable hijo de Albión. Desechó desconfianzas, y pensó sólo en hacerse amar de Ana María.

Aunque entrado en años, remozóse como por encantamiento, bajo el influjo de aquel amor. No experimentaba poco placer en sentirse, á su edad, con los potentes entusiasmos, las candideces ardorosas, los arrebatos heroicos de la primera juventud. ¡Aquello era vivir!

El noviazgo duró poco. Ana María le dió pronto el *sí*. Sus padres convinieron en ello, y la boda fué señalada para plazo breve. No había habido obstáculos en aquellos amores. La dicha sonrió desde el primer paso á Sir Roberto, quien caminó como al son de marcha triunfal, sobre un terreno rociado de flores.

Estaba ebrio de orgullo. Había vencido con su sola presencia á sus rivales. Verdad es que era más rico que ellos. Pero, ¿el alma de Ana María, que parecía un cielo siempre lleno de resplandores y sonrisas, podía posarse en las cosas bajas del mundo? No creyó en ella el cálculo, la intención mezquina, el interés egoísta de las que ya no pueden amar; como la miraba con los cristales rosados del amante, puso en ella todas las perfecciones que hacen de una mujer un ángel.

Eso sí, Ana María gustaba de las galas. Sus padres, que disponían de medios para no contrariarla con la privación, cumplían sus gustos. No ignoraban que la vanidad no tenía parte en el excesivo, casi exclusivo cuidado de su hija por los adornos. Sabían que era hermosa, frecuentaban los salones, parecíales cosa llana que una doncella tan querida mostrara su beldad natural en el marco de oro de su fortuna.

EL TALLER ABANDONADO, cuadro de L. Bechis

Sir Roberto fué también de esta opinión.

Los talleres de modista más en boga fueron como convocados á un certamen para los trajes de boda. De igual modo, los joyeros más hábiles labraron para Ana María sus obras más ricas. No hubo tela costosa, ni color delicado, desde el rosa cera de aguas marfilinas hasta el verde de océano de tonos que se confunden con el cielo, que no fueran empleados en la confección del variadísimo surtido de vestidos de novia. Por lo que toca á perlas, diamantes, zafiros y demás raras piedras, que guarnecieron aderezos y pulseras, alfileres y anillos, pocas veces el sol, al reflejarse en ellas, celebró una fiesta de luces más riente.

Viendo aquel ajuar, más que mujer, parecía que se casaba una hada.

El caudal de Sir Roberto manifestó, en tal caso, cuánto era su poder. Pero todos sus bosques, todos sus castillos, todos sus buques mercantes, todos sus caballos y perros hubiera dado el de Norfolk por el amor de Ana María.

Aquella jovenzuela andaluza, mimada y caprichosa, de mirada altiva y de seducción picaresca, desinteresada y bella, había sido la única pasión del inglés. Durante toda su vida de soltero, aparentemente feliz, la había estado soñando, viendo crecer y hermosearse en su fantasía.

Al fin, en el Paraíso había encontrado á Eva.

III

Verificóse la boda.

Sir Roberto creía soñar, estar viendo una aparición cuando tenía á su lado la sin par Ana.

Rápidamente corrieron los primeros días de matrimonio sin variación alguna en esa felicidad que da la unión de dos que se aman. No se pronunció durante este tiempo la palabra *no*. Antes que brotara el deseo de algo en la mente de Ana María, aparecía convertido en hermosa realidad. Ningún antojo suyo se discutía. Hubiera pedido que ardiera Londres, y Sir Roberto, por ofrecer aquel espectáculo grandioso á su tirana, hubiera rociado de petróleo la ciudad, y con su misma mano aplicado la mecha.

Al día siguiente de su matrimonio, volvió Sir Roberto á su país, llevando consigo á su mujer.

Instaláronse en el principal castillo de Norfolk, en aquella antigua mansión feudal, de macizos muros, donde Sir Roberto había reunido tantos objetos de arte contemporáneo.

Los días eran allí tristes, las noches silenciosas; pero Sir Roberto había sabido alegrar aquellos organizando cacerías, y animar éstas celebrando conciertos. Nobles y artistas acudían á su castillo, invitados por él, afanosos de mostrar, delante de la nueva señora, el tributo de su admiración ó los prestigios de su talento.

Sir Roberto mismo no perdonaba medio de agradar á su mujer. Pocos días pasaban sin que á manos de Ana María no llegara un nuevo regalo de su esposo.

Una noche, por fin, se quedó solo el matrimonio. Sir Roberto leía un libro. Ana María, sentada cerca de la ventana, miraba por los largos vidrios del balcón la insondable oscuridad del campo. A ratos bostezaba y á ratos dejaba caer la cabeza en su mano, como cansada ó pensativa.

Sir Roberto, que alternativamente leía y observaba á su esposa, abandonó el libro, y vino al lado de Ana.

—¿Qué tienes?—la preguntó.

—Nada.

—¿Qué deseas, y no me lo dices?

—No sé, pero me falta algo, – dijo la joven con acento de fastidio.

Sintió Sir Roberto en el pecho un dolor extraño; algo así como si se le hubiera roto el corazón.

Se contuvo, ahogó un suspiro profundísimo y siguió contemplando á su mujer.

LOS ÚLTIMOS MOMENTOS DE FERNANDO EL SANTO, cuadro de Matossi

(Exposición Nacional de Bellas Artes de 1887)

PRIMER FERROCARRIL EN FILIPINAS

INAUGURACIÓN DE LAS OBRAS PARA EL EDIFICIO DE ESTACIÓN CENTRAL DEL FERROCARRIL DE MANILA Á DAGUPÁN
según fotografía del Sr. Pertierra, remitida por D. Manuel Arias Rodríguez

Luego dijo:

—Joyas, tienes cuantas has soñado...

—No todas, – interrumpió Ana. – Precisamente te iba á decir que deseo un collar.

—¿Un collar?

—¡Tengo tan pocos!... Es de lo que menos me has regalado.

—Pues... yo te regalaré uno ahora mismo.

—¿Ahora mismo? ¡Ah! ¿lo tenías guardado?

—Sí,—respondió Sir Roberto sonriendo tristemente, —era el último *regalo de boda* que pensaba hacerte.

Se levantó, besó en la frente á su esposa, y entró en la habitación inmediata.

En vano le esperó Ana María. Cuando fué á ver si volvía, le halló colgado del cuello en los cordones de las gigantescas cortinas adamascadas que cubrían las puertas de las salas del castillo.

El collar, regalo de boda, ofrecido por el desilusionado esposo... era la cuerda con que se había ahorcado.

José de Siles

## NOTICIAS VARIAS

Astronomía.—Interesantes son los trabajos hechos en el Observatorio de Meudon, según dice M. Janssen á la Academia de ciencias de París. Estos trabajos tienen por objeto el perfeccionamiento de la fotografía solar y el estudio de las leyes de la absorción luminosa por el gas de la atmósfera. La fotografía del sol ha hecho en el Observatorio de Meudon progresos considerables. Obtiénense hoy pruebas que contienen los detalles del centro y de los bordes y aun los pormenores de las penumbras. La dificultad vencida parecía insuperable á causa de la inmensa diferencia de intensidad luminosa de las varias partes del astro. Mr. Janssen presenta á la Academia pruebas fotográficas de una gran mancha que apareció á mediados de julio último. Vese en la fotografía, cómo las *estrías* de la penumbra se resuelven en *granulaciones*, lo que permite á Mr. Janssen deducir que el conjunto de la superficie solar es completamente uniforme.

M. Jansser menciona que sus trabajos sobre la absorción luminosa por el gas de la atmósfera y sus observaciones sobre el oxígeno lo han conducido á resultados muy interesantes que ofrece publicar más adelante.

Por otra parte, Mr. Phibaut, de Meung del Loire, indica á su vez la existencia en la superficie de la luna de una ranura luminosa, que no aparece en ningún mapa de nuestro satélite. Pudo hacer esta curiosa observación el 28 y 29 de julio último.

## RECREACIONES CIENTIFICAS

Los huevos grabados. – El arte de grabar en los huevos se refiere á un hecho histórico curioso y poco conocido.

En agosto de 1808, durante la guerra entre Francia y España, hubo de encontrarse en la iglesia patriarcal de Lisboa un huevo en cuyo cascarón se anunciaba el próximo exterminio de los franceses.

Este hecho extraordinario causó la mayor efervescencia en el supersticioso pueblo portugués y por poco no causa un levantamiento.

El general gobernador francés salió al encuentro de esta dificultad de una manera tan ingeniosa y eficaz como sencilla. En efecto, distribuyéronse millares de huevos que llevaban grabada la desmentida de la supersticiosa predicción. Los portugueses, profundamente sorprendidos, no sabían ya qué pensar; pero millares de huevos desmintiendo la predicción funesta de uno solo, tenían la ventaja de su parte.

Fuera de esto, algunos días después se fijaron anuncios en todas las esquinas de la ciudad publicando el procedimiento para obrar este milagro.

Este medio es muy sencillo; he aquí en qué consiste: se escribe ó se dibuja en el cascarón del huevo con cera, barniz ó simplemente con grasa, y se sumerge luego el huevo en un ácido atenuado, en vinagre por ejemplo. La parte del cascarón que no ha protegido el cuerpo aislador, se descompone y disuelve en el ácido, quedando en relieve lo escrito ó dibujado.

La manera de proceder no ofrece ninguna dificultad; con todo eso, para obtener el resultado apetecido, es preciso tomar algunas precauciones.

Desde luego, como se graba generalmente en huevos vacíos para poder conservarlos sin alteración, es necesario, antes de sumergirlos en el ácido, cerrar bien los agujeros de ambos extremos con una bolita de cera amarilla ó blanca. Además, como estos cascarones son muy ligeros, hay que mantenerlos en el fondo del vaso por medio de un hilo atado á un peso ó arrollado á la punta de una vírgula ó varita de vidrio.

Si el ácido está mezclado con agua, la operación, aunque más larga, da mejores resultados: dos ó tres horas bastan generalmente para obtener caracteres ó dibujos bastante salientes. Grabar en huevos es, como se ve, muy fácil: de milagro ú obra de hechicería ha venido á ser un simple experimento de física recreativa.

Manera de grabar en un cascarón de huevo

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

Imp. de Montaner y Simón